

Se apagan las luces. Un silencio negro, intranquilo, lame los muros sabios de la biblioteca como las aguas tintas de la noche los flancos de una embarcación.

Antonio CASTRO LEAL.

*Letras de México,*

México, 15 de septiembre de 1939.

ALFONSO REYES, CRÍTICO-LITERARIO

Un simple poeta puede, en rigor, vivir del aire. O de ciertos productos espontáneos como la soledad, el silencio, los vastos horizontes, etc.

El novelista pide sociedad humana, devora creaturas vivas, aunque sean elementales pero que tengan algo adentro. No les satisface el puro vacío.

Dentro de la familia —o la fauna— literaria, los más exigentes vienen a ser los críticos. Ellos, además de todo, reclaman cultura, espesor de tradiciones, normas estéticas y algún moderado refinamiento de las artes. Son los alimentos que despiertan su apetito y constituyen su labor.

De ahí que en América, empiecen los primeros, profusos, románticos cantores de las selvas y los montes; sigan, ya tarde, los segundos, bastante medidos y, sólo al fin, esporádicamente, aparezcan aquí, allá, con aire de trasplantados, algunos ejemplares de la tercera especie.

No costaría colocar nombres bajo estas fórmulas; para nuestra intención de ahora basta entre los autores contemporáneos, señalar la figura sobresaliente, discreta y sin estrépito, de ese maestro del buen decir y del buen gustar llamado Alfonso Reyes, sin duda, el espíritu de estos continentes a quien con mayor justicia y hasta más adentro le conviene la palabra exquisito.

Dos libros suyos que acaban de llegarnos: *Mallarmé Entre Nosotros* y *Literatura Española*, editados por "Destiempo", de Buenos Aires (1938), y "La Casa de España en Méjico" (1939), nos permitirán comentarlo en son de actualidad, aunque únicamente nos sirvan de pretexto para renovarle el homenaje que es provechoso y digno rendirle de cuando en cuando.

Ambos volúmenes, por lo demás, representan muy bien a Alfonso Reyes.

En *Mallarmé* se encuentra el refinado, minucioso, artífice de la precisión, el erudito puntualizador de fechas y ediciones, amigo del dato seguro y la noticia limpia, que halla placer en la exactitud. Por encima, levemente asoma un humorista, hombre de buena salud intelectual.

No cualquiera puede hablar de Mallarmé.

Aquel padre y maestro hermético de la capilla simbolista, cultivaba con fructuoso don, la sombra, el misterio verbal, la enredadera imaginaria. A fuerza de cubrirse, intimidaba a muchos; pero ha estimulado en otros, partidarios como él, de lo difícil, un ansia descubridora y las ganas de averiguarle su secreto al recluso desafiante, lleno de significados.

Alfonso Reyes se acerca a Mallarmé con respeto y buen humor.

Un día varios escritores de España hallaron sobre su mesa esta hoja anónima: "El 14 de octubre de 1923, los miembros de la "Société Mallarmé" de París se reunirán en Valvins, a unos dos kilómetros de Fontainebleau, donde murió el maestro, para consagrarle un recuerdo. Se propone que hagamos en Madrid una conmemoración semejante. Sin discursos. Un acto, por decirlo así, sin acto. Lo que a Mallarmé le hubiera gustado:

Cinco minutos de silencio en recuerdo de Mallarmé.

Sitio y hora . . ."

El primero en llegar fué Ortega y Gasset. Era un día neutro, nublado y claro. Acudieron, después, Eugenio d'Ors, Díez-Canedo, Moreno Villa, José M. Chacón, Marichalar, Bergamin y Mauricio Bacarisse.

Nueve con Alfonso Reyes, autor de la cita.

"El Botánico tenía una iluminación de vidrieras opacas, de taller fotográfico. Cada árbol, al paso, nos decía una palabra, como al estudioso Goethe en sus excursiones de naturalista: la palabra

escrita en su etiqueta: Almez, Alerce, Sófora Japónica . . . Cada árbol al paso nos alargaba su tarjeta de visita".

Faltaron: Azorín, por un acto oficial; Juan Ramón Jiménez, enfermo; Gómez de la Serna, por un muerto.

¿Qué pasó durante los cinco minutos sin palabras?

Nada, exteriormente. Nueve señores callados para el jardineiro que iba y venía entre las plantas. Nueve excéntricos, aburridos de vivir, para el ocioso transeunte. Nueve cualesquiera, a ojo de ignorante.

Por dentro . . . nueve pequeños poemas en prosa, nueve momentos estelares, nueve tipos pensantes e imaginantes que, luego, inevitablemente, serían nueve tipos escribientes.

Cada uno lo dijo, a su turno, en la Revista de Ortega y esas pequeñas confesiones forman un florilegio singular, una antología irónica, medio chinesca, de la más rara catadura; la plena libertad dentro de la prisión muda; un sentimiento de compañerismo aislado, preservado, delicioso; el temor de que alguien, un conocido, pasara y les dijera: Buenos días . . . ; la idea de estar apostando una carrera absurda a ver quién llegaba antes a la meta de los cinco fatales minutos.

"Los árboles callaban; habían hecho, por su parte, al viento señal de que no les turbara el reposo".

En suma, un juego, una manera refinada y algo pueril de entretenerse.

Sólo el jugador pone tanto escrúpulo en respetar las reglas. El que juega y los que pronuncian exorcismos. ¿No está casi entero el artista entre el niño, el jugador y el mágico?

Cuando Alfonso Reyes traduce a Mallarmé y, sobre todo cuando explica cómo lo ha traducido, con qué cuidado, con cuantas precauciones, y nos da el texto francés, y luego su primera versión castellana, y en seguida la segunda, y por último la tercera, ese

trabajo, nos parece hecho para pasmar a las arañas por la sombra tenue de hilos impalpables con que coge y recoge sombras de vagos pensamientos.

Ved el Abanico de Mlle. Mallarmé.

“A veces —dice— de todo un jardín sólo conservamos las alas de una mariposa. De la hija de Stéphane Mallarmé, apenas muerta, sólo conservamos —ya— el recuerdo de su abanico”.

Y Alfonso Reyes, en tanteos sucesivos, otras tantas fórmulas de encantamiento, hace pasar suavemente a lengua española, el vaivén etéreo, las curvas electrizadas que el abanico de la señorita Mallarmé trazó en un poema de su señor padre. Cuesta entender el original. ¿Qué será verterlo a nuestro idioma? Pero si al Maestro le gustaba proponer enigmas, al discípulo le place adivinarlos y nos ofrece, viva lección, sus progresos sutiles:

¡Oh cetro de la tarde rosa  
que, en oro quieto, reverbera:  
blanco vuelo que al fin se posa  
junto al ascua de la pulsera!

Ya no hay señorita Mallarmé. No hay tampoco abanicos. Hasta esa forma de poesía, severamente heroica, hizo su tiempo.

El arte queda, con su grave enseñanza.

Sólo así se perdura.

Pero cuando alcanza ese punto, la exquisitez exige una revancha: no se mantiene indefinidamente cierta nota sin escollar en la limitación.

Alfonso Reyes sabe abrir a tiempo el compás, como Sainte-Beuve pedía.

Si queremos verlo pasar de un extremo a otro nos bastará leer, en “Literatura Española”, el primer capítulo, referente a Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, el más personal poeta español de la Edad Media.

Otro mundo, otra época, otra atmósfera.

Respiremos este retrato de Juan Ruiz, todo impregnado en fuerza primitiva, en un goce jocundo y material:

“Era el Arcipreste, a creer sus propias palabras, un gigantón alegre y membrudo, velloso, pescozudo; los cabellos negros, las cejas pobladas, los ojos vivos y pequeños, los labios más gruesos que delgados, las orejas pródigas y las narices todavía más, las espaldas bien grandes, los pechos delanteros, fornido el brazo y las muñecas robustas, como conviene al poeta del Guadarrama”.

Ya tenemos en pocas líneas al fraile bien plantado, andariego y genésico, pronto a comunicarnos el vigor de su temperamento en la nitidez rotunda de su estilo.

Tras del Arcipreste, vienen muchos ¡y qué tales! Lope el multiforme, el de las comedias y los dramas, la poesía y la prosa, el misticismo, el desenfreno, la aventura, el trotar y el escribir inagotables, la fecundidad vulgarmente grosera y el arte de oro y cincel purísimos, Monstruo de la Naturaleza, derramado y potente, Fénix que caía en los pasos más viles y se levantaba a las alturas invisibles, siempre azotado por la pobreza y provocador de tales entusiasmos que la Inquisición hubo de perseguir a los que le rezaban: “Creo en Lope Todopoderoso, poeta del cielo y de la tierra . . .” Hay que tener alientos para escalar esa cumbre, para no ahogarse en ese mar. El mejicano educado en Madrid dispone de recursos infinitos y va por esos laberintos como por su casa. Sabe todo lo que hay que saber del semidiós, del fraile sacrílego, del viejo verde, del hombre a quien nada de lo humano fué extranjero; pero dice únicamente lo esencial, porque no se trata de abrumarnos, sino de instruirnos con deleite. Le toma frases típicas, reveladoras. Esta, de una carta al duque de Sesa: “Amando, lo mismo es mentir que decir verdad”. Esta otra, explicación de su cambiar sin término: “Yo me sucedo a mí mismo”. El grito íntimo de una comedia: “¡Defiéndame Dios de mí!” Y la definición suya, que es la definición de España, de toda España: “Yo nací entre dos extremos que son amar y aborrecer: no he tenido medio jamás”.

Sigue a Lope, Quevedo.

Su nombre trae aparejado el chiste, el retruécano, la burla retorcida, entre grosera y conceptista. Detras hay otra imagen: severa, sombría, hosca, de un duro y fuerte relieve, sin luces de alegría ni la libertad de Cervantes, con cierta intelectualización excesiva de niño viejo. Un Quevedo metido en la sombra, donde chispean sus anteojos.

A ninguno les quita el crítico sus garras ni sus contrastes.

“Nos sorprende hoy —dice— la facilidad con que aquellos hombres del siglo de oro recorrían la escala de las pasiones, de uno a otro paradójico extremo y, hundidos los pies en la vida picaresca, alzaban los ojos con arrobamiento místico. Nuestro compás no abarca tanto trecho, y una fácil tentación nos seduce: la de ver signos anormales de dualidad en el fullero que tiene horas de santo o en el político prudente que gasta sus ocios entre insustanciales groserías”.

Observación de pensador auténtico y de hombre que sabe la Historia.

Querriamos tomársela para enseñanza de quienes juzgan entre nosotros al Ministro Portales, mirando sus pequeñeces, sus palabrotas, sus franquezas populares, sus desdenes ideológicos y cierran los ojos para no verle el genio, la entereza, la luminosa honradez, el amor patrio y su espíritu providencial de sacrificios. Esas cosas parecen, aquí, incompatibles. Se encasilla al hombre a una medida mínima, se quiere cazar al león en jaula de ratones.

Crítico, psicólogo y moralista amplio, Alfonso Reyes toca los extremos y llena, al par, la zona intermediaria.

Dentro de ese término, sin frenesí, excepción española, se ubica su compatriota Ruiz de Alarcón, el de la “moderada protesta contra Lope”, creador de la comedia de costumbres en España, cuyo

influjo, a través de Corneille y de Molière, se hizo presente en Francia. Era jorobado. Alfonso Reyes no le quita sus jorobas. Le valieron epigramas crudelísimos en ese siglo XVII en que “lo cómico visual se destacaba con una fuerza que el moderno subjetivismo y el sentimiento de la dignidad humana han atenuado”. ¡Cuánto lo hostigaron las fieras! Decían que, desde lejos, no se sabía si iba o si venía.

Tanto de corcova atrás  
y adelante, Alarcón tienes,  
que saber, es por demás,  
de dónde te corco-vienes  
o adónde te corco-vas...

Mejicano pobre y noble, amaba sus “Ruiz de Alarcón y Mendoza”, muchas veces ilustres. Quevedo afirmó: “Tiene las corcovas llenas de apellidos. Su D no es Don, sino su medio retrato”.

El, ecuánime, temperado, se evadía por el arte: “El arte es también desquite de la vida, y bienaventurado el que puede alzar la estatua de su alma con los despojos de la realidad que todos los días nos asalta”.

Así, como poeta, concluye Alfonso Reyes.

Con aire de trasplantado . . . Si. ¿Qué hacerle? Está en las condiciones del oficio, máxime si se cultiva lejos de los manantiales hondos. El poeta y el novelista pueden, más fácilmente, pertenecer a su tierra y confinarse. El crítico ha de viajar. Vive de comparaciones y de espectáculos diversos. Tiene que ir de un mundo a otro, de una a otras épocas. No le hagamos cargo si parece extranjero. Lo importante es que sepa contar la historia de sus viajes y que sus relatos no cieguen, sino estimulen la curiosidad de ese viajero en potencia que viene a ser todo lector.

Ya un artista (1) ha comparado las bibliotecas con los puer-

(1) Alfonso Bulnes.

tos y ha dicho que los libros son como las naves. Buen capitán, marinero de largas travesías, Alfonso Reyes nos incita a embarcarnos y compartir con él los goces de las rutas ilusorias.

ALONE.

*El Mercurio*, Santiago de Chile,

Octubre 22 de 1939.

## CAPÍTULOS DE LITERATURA ESPAÑOLA

*Alfonso Reyes*

(La Casa de España en México)

Alfonso Reyes pertenece a esa clase intelectual americana que acertó, de una vez por todas, en el problema de la expresión: crear el propio destino desde el fondo de la tradición de España. "En todos mis libros —ha dicho— se advierte constantemente la atención para las tradiciones de España". Se advierte en los temas, pero también en su sabio estilo, tenso con muchos siglos de literatura. Reyes ha actualizado en su conciencia, a fuerza de estudio, el uso artístico que fué dando España a la lengua, desde el bajo latín. En estas largas incursiones captó la forma íntima del idioma, sus esquemas, su dinamismo, su genio fecundo; y de la lengua poseída como energía propia brotó luego el verso, en apariencia independiente, pero donde está resonando la totalidad de la poesía española, desde Gonzalo de Berceo. Se dice muy pronto: "es un poeta espontáneo"; y ni se sospecha que sus audacias en la invención de formas expresivas, su señorío del lenguaje, suponen un sentido histórico ejercitado pacientemente sobre los textos clásicos. Es como si se admirase la bellota nueva y no se reparara en los años de la encina. El Reyes poeta se beneficia con los trabajos del Reyes hispanista.

Primero fué un hispanismo de lector deslumbrado. Casi en seguida, además de eso, un hispanismo de estudioso. Nacieron así sus interpretaciones de Góngora. Después, en Madrid, guiado por Menéndez Pidal y rodeado de Américo Castro, Federico de Onís, Navarro Tomás, el papeleo disciplinado del Centro de Estudios Históricos y de la Revista de Filología Española. Años de pasión y creación. Acaso los mejores de Reyes: entre 1914 y 1924, un recio haz de escritos. A muchos los ha reunido en *Las vísperas de Es-*